

Autores y escenarios

En el Español

MADRID

Estreno de «Antígona», de Sófocles, en la nueva versión libre de José María Pemán

SÓFOCLES Y ANTÍGONA

“Esquilo es el titán—dice Saint-Victor—, Sófocles tiene la talla humana.” El trueno y el arco iris. Lo desmesurado y la armonía. En casi todo el repertorio de Sófocles preside el “ananké”, la Fatalidad, sobre el Destino de la mujer. Y desde Electra a Dejanira, sus heroínas iniciaron el teatro virginal, patético, como las de Itaca iniciaban el coro epítalámico. Pero entre todas es Antígona no sólo cima de su obra, sino salvación de su vida. La estrena a los novenos y dos años, y es tal su éxito, que Atenas, apelando al máximo honor, nombra a Sófocles general de la Flota contra los rebeldes sannianos. Pero al máximo honor, el máximo horror. Su hijo legítimo Iophon le acusa ante los jueces de la Patria, a cuyo fin se inscribe como hijo natural. Sófocles se defiende leyendo ante el tribunal una escena de “Edipo en Colona”. La hija, inseparable del padre ciego, en la tragedia luego renovada por Shakespeare con “El Rey León”, mueve a los jueces griegos a clemencia. “Bastó para la absolución—anota Saint-Victor—que Sófocles mostrara al tribunal las lágrimas filiales de Antígona.”

LA NUEVA VERSIÓN DE PEMÁN

Este inmenso valor humano de Antígona, sin duda menos difundido y afamado, pero acaso más hondo y puro que el de Electra, ha sido el único objetivo en la versión libre de Pemán. Señalemos con piedra blanca la predilección, que acusa un linaje, al margen de los arreglos adventicios por habituales profecticios. El ilustre dramático ha rehuído la versión facilona, versión de versiones, y emprendido una labor ardua, de primera mano, directa, con el señorío de una poeta y la probidad de una cultura.

“Mi tarea se ha encaminado, pues, sencillamente, a adaptar la tragedia a la fórmula común de nuestro teatro. Para ello, la modificación sustancial consistió en traer a escena los muchos episodios y partes del argumento que en el original se cuentan o narran, pero no se presentan a la vista del público.”

Las versiones más conocidas—la italiana de Alferi, la francesa de Paul Merice y Augusto Vacquerie, entre las antiguas; la del “Rideau des Jeunes”, la de Cocteau, la de Jean Annohui, entre las recientes—parten el campo: o respeto casi textual o modificación a rienda suelta. De ahí que la empresa de Pemán merezca toda nuestra atención por el conocimiento y el aliento que supone “la incorporación a nuestro gran público de uno de los mitos fundamentales del teatro universal”.

Esta conciencia del valor humano de Antígona, tan palpitante en el poeta, apeló a la experiencia del dramaturgo, infundiéndole la eficacia espectacular, el movimiento de las masas, las afinidades electivas del coro—los ancianos, las mujeres, los muchachos, las muchachas, los beodos, las barrantes—y, sobre todo ello, el terrible interrogatorio de Antígona, el perfil de “animal político” de Creón, el teatral “cuerpo a cuerpo” de la víctima y el tirano, que trae lo episódico en eje, llevando al primer plano de las arengas fortuitas el hondo, permanente, obsesiónante, virginal dolor fraternal. No es un cargo contra la acción, fuero y patrimonio del dramaturgo, sino un descargo de la función, blasónada y purificada del poeta. La Antígona filial, llevando de la mano a Edipo ciego, como la Antifona fraternal cubriendo de flores, el cadáver de Polynice, no es una “vocifera-dora plañidera”, sino una mandataria sombría. Su ternura se cifra, como una coraza, al deber. Inabordable al miedo propio, no lo concibe en los demás. Su fuerza no excusa la debilidad. Es, según Saint-Victor, “un perfil inflexible, rígido, semejante al trazo duro y puro de las figuras trágicas en los vasos griegos. Imaginad una santa cristiana corriendo al martirio para liberar a un alma del infierno. Eso es lo que hace Antígona, yendo al suplicio por enterrar el cuerpo de su hermano”.

La versión libre de Pemán sigue el texto de Sófocles en la integridad de los sucesos desde que se inician, al irrumpir los cánticos de victoria, hasta que acaban, a la luz de las antorchas, en el himno funeral Antígona. El imperativo de brevedad ha impuesto cortes como el del “parlamento” de Antígona, precisamente imprecando al tirano, “verbo maravilloso, lengua de llamas, la palabra más noble que haya resonado en el mundo antiguo”. ¿Y qué hacer cuando el “parlamento” llena él sólo, página y media? Pemán lo extraña con tal cuidado y destreza, que interviene Cleon, replica Antígona, se aviva el interés y nadie advierte la emerita transformación del monólogo en diálogo. Pero el gran acierto de la versión, ahora ya propiamente libre, está en la novedad de resolver el coro, concertado, como una orquesta, por “afinidades” en los grupos ya mencionados. Es una operación pitagórica, entre geometría y harmo-

nía, porque convierte al coro único en pueblo immense. El efecto en el público fue extraordinario.

La versificación, de arte mayor y ritmos nobles, no exenta de inspirados brotes—el relato de la victoria por Hemon, la impresión de Antígona al pueblo, adulador del Rey—, marca una tónica patética muy ajustada al tipo griego. Y la prosa distribuida en los cuchicheos del pueblo guarda el sentido popular con los alertas literarios. Es, pues, una versión “honoris causa” por la preparación y el logro. El triunfo de Pemán, espontáneo, auténtico, unánime, acrece su linaje de poeta y su calidad de dramaturgo. Y la incorporación de “Antígona” a nuestras escenas marca una fiesta de arte y una memorable efemérides.

LA INTERPRETACIÓN

Sin concha, sin un roce, sin un bache, en la rara ecuación de disciplina y entusiasmo, ochenta personajes entran, salen, se agrupan, se disuelven como si todos fueran uno solo, diríase el lema societario “Uno para todos. Todos para uno.” En la inmensidad del escenario, y aun rebasándolo por el lugar de la orquesta ausente, allá salta una voz, aquella un gemido; más cerca, unas muchachas agitando ramos de flores; más lejos, unos beodos tirando los dados. Y sin apuntador, ¿quién les da la entrada? ¿Cómo sabe cada uno cuándo ha de hablar, cuándo levantarse, cuándo sentarse? Este prodigo de exactitud, de precisión en un juego escénico incesante entre ochenta actores, ninguno distraído—verso suelto—, todos en situación—estrofa—, proclama a Cayetano Luca de Tena prócer de la escenografía. Habitualmente el repertorio griego no se representa en teatros de techumbre, sino en circos romanos, al aire libre (Nîmes, Pompeya), o bien en llanuras campestres (El Carro de Teseo, Les Compagnons de Notre Dame). Por cierto aquí, en España, se ha representado una vez el “Filocleto”, de Sófocles, en el golfo de Rosas, a playa abierta. De suerte que encuadrar “Antígona” en la escena del Español con todo un pueblo en pleamar, agitado y estremecido, sin concha, sin un roce, sin un bache, es algo realmente pasmoso. La representación, en su conjunto, irreprochable, marca una cima en Mercedes Prendes. Antígona de cuerpo y alma, de figura y entendimiento; deidad augural y sombría, ternura fraternal y obsesa, igualmente colérica ante el Rey tirano que ante la plebe servil, en un imperativo de “marcha funebre”. Fué ovacionada y aclamada. Pórfiria Sanchiz y Julia Delgado Caro, muy en situación.

José Rivero dió a Creón una interpretación certera, enterada, de amplio estilo dramático no exento de finuras irónicas. Compuso un tirano de “derecho de Estado”, cruel por hábito y dialéctica, autoritario por doctrina, como un régulo de Plutarcos. El empaque, la soltura de movimientos, el grito airado, el ensimismamiento repentino, fueron revelaciones de un actor ponderado, profundo, dotado de talento, temperamento y sobriedad. Su Creón halló forma y fondo en un éxito personal rotundo.

Seoane, impulsivo, afanoso, con altibajos de ilusión y abatimiento, dió a Hemon el sentido juvenil que requiere. Káyser, con el dominio y la eficacia habituales, emparejó el acierto en el Tiresias y en un anciano.

LA ESCENOGRAFIA

Las decoraciones, de Burgos, entonadas por columnatas y frontones con acometidas practicables, atienden más que a la pureza de estilo, a la facilidad del juego escénico. Circunstancia no sólo atenuante, sino diligente. Los figurines, trajes y armas, de Carlos Pascual de Lara, vistosos y lujosos, ofrecen un pecado venial de fantasía greccorromana, pero engrandecen el espectáculo. Cuanto a los bailes, de Roberto Carpio, con las caretas monstruosas y el aire estruendoso e infernal, son de un efecto sorprendente, magnífico. La música, de Manuel Prada, sin competir con los coros de Mendelssohn ni con las danzas de Saint-Saens, llena cumplidamente el cometido, sobre todo en la flauta pánida.

El éxito fué extraordinario, clamoroso. “Antígona” es el espectáculo más bello, interesante, emocionante que hemos visto en la sala del Español. La versión libre de Pemán, la interpretación de Mercedes Prendes y José Rivero y la realización de Luca de Tena superan todas las victorias precedentes. Lo proclamamos con sincero júbilo.—Cristóbal de Castro.

EXITO COMICO FORMIDABLE!

GUILLERMO HOTEL

(de TONO)

Teatro INFANTA ISABEL